

ALGUNAS RELACIONES ENTRE EL ROMANCERO TRADICIONAL Y EL VULGAR

Como ha sido señalado tantas veces por Menéndez Pidal y otros eruditos, la recreación es esencial para el romancero tradicional —y para la poesía folklórica en general—, puesto que permite que los textos heredados se adapten a diferentes gustos, sensibilidades e intereses, lo que redundará en beneficio de su conservación y transmisión y, por lo tanto, de su supervivencia en el tiempo.

El trabajo de recreación tiene múltiples facetas; una de ellas es añadir detalles, motivos y hasta episodios. Para esta adición el poeta popular toma elementos bien de su propia inspiración, bien de otros géneros folklóricos (lirica, refranero, cuento), bien del mismo género, es decir de otros romances tradicionales o vulgares.

Los cruces entre romances tradicionales han sido señalados repetidas veces; sin embargo se ha prestado poca atención a los elementos tomados de los romances vulgares, sin duda por el poco prestigio literario de que estos romances gozan. A mi parecer, es importante para el estudio del romancero tradicional tomar en cuenta este aspecto.

Así pues, como un intento en tal sentido, voy a dedicar estas páginas a evidenciar algunas influencias del romancero vulgar en la recreación del romancero de tradición oral moderna¹. Aunque me referiré ocasionalmente a otros fenómenos, centraré el trabajo en los cruces textuales de romances tradicionales y vulgares, y en lo que puede propiciar tales cruces.

La diferencia entre romances de una y otra clase no es siempre temática, como generalmente se cree, sino de otra índole. Los romances vulgares van al grano y narran un suceso sin de-

¹ Pocos ejemplos de romances vulgares figuran en los cancioneros folklóricos; en general se incluyen nada más tres o cuatro de los más difundidos; sólo algunos autores, como Cossío y Maza, Bonifacio Gil y Diego Catalán, elevan este número. Así pues debo decir que el *corpus* de que dispuse para este trabajo es bastante reducido.

tenerse en descripciones o florituras, mediante una sucesión de acciones relatadas en la forma más concisa posible:

Se encuentra con unos mozos y a ella se abalanzaron,
la meten en una cueva donde da miedo el pensarlo.
Allí la gozaron todos, la quedan sola en el bosque
y los traidores se marchan llegando al pueblo de noche.

La rosa de Burgos (GIL, p. 57)²

Otro día a la mañana, la su mujer se levanta:
—Levántate don Diego que se marchó la criada
y se ha marchado de noche y nos ha llevado la plata.
Si no lo quieres creer en la mesa de la sala
había una caja de oro y ahora no tiene nada.

La sirvienta calumniada (Cossío, p. 116)

Sólo se detienen a veces en los momentos más dramáticos, aquellos que causan impacto en el auditorio, en la descripción de los cuales se apela a lo truculento:

A la primer torrejuela gotas de sangre caían,
a la segunda torreja toda la mesa cubría.

La mala hermana (Cossío, p. 82)

Pero el hermano sacó un cuchillo diez puñaladas no más le dio
dándo un tiro en los sentidos y en el instante la asesinó.

En Santa Elena (BEUTLER, p. 441)

o bien a la sensiblería:

La luna se para y mira cómo los dos se maltratan
los dos tiernos corazones por una mujer tan mala.

Desafío (Cossío, p. 115)

Ya dentro de la temática, utilizan profusamente la mitología cristiana para premiar al inocente sacrificado, castigar al malvado, redimir al pecador o tentar al débil:

² Para las fuentes he utilizado abreviaturas convencionales; cf. las referencias al final de este artículo.

Aquí vino una señora con un infante pequeño,
 nos curó nuestras heridas, nos dejó sanos y buenos,
 y nos dijo que mi madre estaba en los altos cielos,
 y nos dijo que mi padre estaba ardiendo en los infiernos,
 y nos dijo que mi tía hasta el pescuezo metida.

El lindo don Juan (Cossío, p. 88)

En el medio del camino el demonio le saliera
 vestido de religioso porque no le conocieran.
 —Vuélvete, Isidro, a tu casa que tu mujer te la pega.

La calumnia del diablo (Cossío-MAZA, pp. 409-410)

La maldad de la gente es el verdadero tema de los romances vulgares; barajan el adulterio, la seducción, la violación, el crimen y, a veces, la burla y el escarnio. Son, sin embargo, terriblemente moralizantes por lo general. El auditorio goza con estos sucesos trágicos que le horrorizan, escandalizan, conmueven, y exaltan a la vez sus buenos sentimientos.

Parece que no hubiera ningún punto de contacto entre un género tan populachero y algo tan profundamente popular como es el romancero tradicional; sin embargo, las semejanzas son numerosas, y haría falta más que un breve trabajo como éste para profundizar en el tema.

Varios factores propician las relaciones entre géneros tan dispares. Uno de los más importantes es la convivencia de romances tradicionales y vulgares en el tiempo y en el espacio. Tanto el autor de los romances vulgares, como el recitador (que a menudo es también autor), como el auditorio (recreadores potenciales) conocen poco o mucho el romancero tradicional, y están inmersos en la cultura folklórica. Nada tiene de extraño que creadores y recreadores utilicen algunas veces recursos y procedimientos tradicionales, así como motivos. Ello hace que las diferencias entre romances tradicionales y vulgares se aminoren, y que las divergencias estilísticas, que son quizá las más importantes, no sean totales. Así, los romances vulgares se “tradicionalizan” parcialmente:

Un día por la mañana se salió a peinar al sol;
 los peines eran de plata, de acero el escaipidor.

El cura sacrilego (Cossío, p. 98)

Puso la silla al caballo, las herraduras de plata;
pasó ríos, pasó fuentes, pasó fuentes, pasó aguas.

La sirvienta calumniada (Cossío, p. 117)

Nótese el uso que se hace, en estos dos ejemplos, tanto de la enumeración, cuanto de la repetición, como de motivos folklóricos (peinarse, plata, ríos y fuentes). Si tomamos estos versos aislados de los romances a los que pertenecen, no existe realmente una diferencia de tono ni de factura con cualquier dístico de un romance tradicional, y su aparición en uno de ellos no chocaría; se trata aquí de un simple movimiento de "ir y venir": el estilo vulgar se modifica por influencia del estilo tradicional, y los versos así transformados pueden insertarse en un texto del mismo estilo.

Por otra parte, también los romances tradicionales se contagian a veces parcialmente del estilo vulgar:

Adiós padre y adiós madre y adiós toda la nación,
por casarme con Alfonso ha sido mi perdición.

Alfonso XII (CATALÁN, nº 179)

Su madre se ha vuelto loca, su padre llora y suspira
y su hermanito Alejandro la busca de noche y día.

La hermana cautiva (CATALÁN, nº 134)

Allí se abrazan los dos con contento y alegría.
Y mira tú los milagros que hace Santa María.

El caballero burlado (CATALÁN, nº 343)

Hay pues una constante interacción de ambos estilos, propiciada, según se ha dicho, por la coexistencia temporal y espacial, y también, como es obvio, por una misma métrica (doble octosílabo).

Otro factor importante que facilita las relaciones es la existencia de una temática común en muchos casos; una gran parte de los asuntos del romancero vulgar pueden encontrarse en el tradicional: adulterio (*Bernal Francés, La adúltera*), violacio-

nes (*Tamar, Blancaflor y Filomena*), defensa de la honra (*Venganza de honor, La muerte de Elena*), crímenes (*El conde Alarcos, La aldeana*), venganzas innobles (*La mala suegra*), amores desgraciados (*La muerte ocultada, El conde Olinos*), incesto (*Delgadina, Silvana*), etc. También existen motivos y situaciones semejantes que favorecen los cruces en uno y otro sentido³.

A continuación daré algunos ejemplos de estos cruces y de los factores que los han favorecido (asuntos, motivos, clima, tono, etcétera).

La víctima inocente recompensada por el cielo, motivo preferido por los romances vulgares y utilizado algunas veces por los tradicionales, hace exclamar a la desgraciada Marbuena:

Madre, si muero con culpa, a los infiernos a penar
y si muero sin culpa a los cielos a gozar.

La mala suegra (Cossío-MAZA, p. 257)

tomado de *El lindo don Juan*:

Madre, si muere sin culpa irá derecha al cielo,
pero si muere con ella a los profundos infiernos.

(Cossío-MAZA, p. 393)

La absolución moral que implica matar para defender la honra ha llevado a decir al poeta vulgar:

La mujer que mata al hombre merece ser coronada
y después de la corona merece al cielo llevarla.

Doña Juana (CATALÁN, nº 216)

La justicia del castigo del malvado Turquino propicia la misma idea, y se toma uno de los versos:

La mujer que mata un hombre la corona mereciera.

Blancaflor y Filomena (CATALÁN, nº 122)

La hermana perdida y encontrada es un asunto folletinesco

³ Son más frecuentes, según parece, los préstamos textuales que los romances tradicionales toman de los vulgares, que el caso contrario.

usado por romances antiguos y modernos; el más difundido de los vulgares (SCHINDLER, nº 45) presta dos versos a *La hermana cautiva*:

¡Viva mi padre y mi madre, viva mi suerte afamada,
que por traer una novia traje a mi querida hermanal

(CATALÁN, nº 90)

El romance tradicional sin duda más violento es el de *Blancaflor y Filomena* y es el que admite, por su naturaleza, más cruces con los romances vulgares; en uno de éstos, el marido, cegado por el demonio, cree descubrir el adulterio de su esposa, y

Le dio siete puñaladas, de la más chica muriera,
que caló siete colchones y el tablado con la tierra.

La calumnia del diablo (CATALÁN, nº 239)

Lo mismo expresa el recreador del romance tradicional al describir la venganza final de *Blancaflor*:

Le dio siete puñaladas, que de menos no muriera,
que caló siete colchones, siete estados de la tierra.

(CATALÁN, nº 27)

En el mismo romance vulgar antes citado, el marido, después de asesinar a la inocente esposa, estrella a su hijo recién nacido contra el suelo:

¡Hijo de tan mala madre es justo que también muera!
Lo coge por las patitas y le da contra la piedra.

(CATALÁN, nº 329)

Blancaflor reacciona en forma semejante ante la vileza de *Turquino*:

Lo cogió por los piecitos y lo botó contra el suelo.
—¡Hijo de tan buenos padres es preciso que así muera!

(CATALÁN, nº 594)

La infanticida mata a su hijo, que delataba sus amores culpa-

bles, y lo prepara en rica cazuela para su marido; no otra cosa hace Blancaflor, aunque por razones menos mezquinas. Los dos romances se cruzan gracias a tan terrible motivo:

Él empezando a comer una voz de lo alto llega:

—No comas, padre, no comas, no comas de esa cazuela,
que si de esa carne comes, comes de tu carne mesma.

Blancaflor y Filomena (CATALÁN, nº 497)

versos tomados casi sin variación de alguna versión de *La infanticida* (por ejemplo, CATALÁN, nº 219). Algún alma sensible no pudo soportar el espectáculo de Turquino comiéndose a su propio hijo (parte de la atroz venganza de Blancaflor), y lo impidió mediante el cruce.

A veces, la inclusión de un motivo más común en los romances vulgares que en los tradicionales puede propiciar un cruce textual con un romance vulgar. Un ejemplo de ello sería el de algunas versiones modernas de *El conde Alarcos*, que pierden el emplazamiento, motivo de añeja tradicionalidad, para ser sustituido por el milagro que hace el hijo menor al resucitar a su madre y proporcionar así a la historia un final feliz. Pese a que esta parte recreada está en el más puro estilo folklórico

—¿Qué me diera usted, mi padre, si hallare a mi madre viva?

—Te doy todas mis haciendas y lo demás que tenía.

—Yo no quiero sus haciendas . . .

los recreadores han sentido el ambiente milagroso de los romances vulgares, y una versión canaria termina el romance así:

Las campanas y relojes en mil pedazos se hacían
al ver los santos milagros que hace la Virgen María.

(CATALÁN, nº 231)

que es un verso textual de *La romería del pescador* (CATALÁN, nº 50), romance de tema completamente diferente. Ha sido el clima de romance de ciego que tiene el final arreglado de *El conde Alarcos* el que ha propiciado el cruce.

En varios de los casos que hemos citado, el cruce con el romance vulgar crea una sensible diferencia de tono. Un ejemplo extremo de este cambio tonal son algunas versiones de *La adúl-*

tera en las que irrumpe lo burlesco. En casi todas las versiones, la última respuesta de la esposa se refiere al ocupante de la cama: "es mi primo", "es mi hermanito", etc., y el esposo suele decir: "si es tu hermano el más pequeño, ¿cómo de mí se escondió?"; la esposa, acorralada, confiesa su falta. Pero en las versiones en las que se filtra el clima de los romances vulgares que tratan de adulterio, el marido exclama, ante el intento de justificación de la esposa:

¡Qué niño, ni qué demonio, que barbas le veo yo!

(Cossío-MAZA, p. 217)

con lo que se rompe la tensión, llena de dramatismo, creada por el prolongado duelo entre los protagonistas.

No faltan, desde luego, los cruces en dirección contraria; varios tópicos romancescos aparecen en los romances vulgares, por ejemplo:

Deja los caminos anchos, coge las angostas sendas.

La rueda de la fortuna (Cossío-MAZA, p. 130)

Al bajar un arroyito, al subir una vereda.

Los dos arrieros (GIL, p. 39)

Caminaron siete leguas, palabra no se decían.

La romería del pescador (CATALÁN, nº 482)

El motivo del entierro fuera de sagrado, que tanto aparece en el romancero tradicional, también ha pasado al romancero vulgar:

Me entierran en un campo verde donde mi ganado asiste,
me dejan un brazo fuera con esta señal que dice:
"No murió de calentura, ni tampoco de cortal,
ni murió por una ingle en un sitio desgraciado,
que murió por fanfarrón aquí en el Carrizal".

Duelo entre amigos (CATALÁN, nº 578)

No puede pasarse por alto la difusión que tiene, en el romancero vulgar, el motivo de la penitencia con la culebra, tomado del romance viejo *La penitencia de don Rodrigo*. El perder a España, tema poco interesante, ha sido reemplazado por algo mucho más merecedor de castigo: el protagonista de *El ladrón del Sacramento* viola a sus hermanas, mata a sus padres, se come a su hijo, producto de un incesto, y para rematar la serie de horrendos crímenes, roba, apuñala y escupe el Santo Sacramento. Castigo ejemplar merece tan terrible maldad, y varias penitencias son propuestas por el cura ante quien se confiesa el criminal; al final se acepta la que el juglar imaginara para don Rodrigo:

Te meteré en una cueva donde están serpientes vivas
y la más pequeña de ellas siete cabezas tenía,
con todas siete picaba, con todas siete mordía.
El padre, que muy bueno era, lo iba a ver todos los días:
—¿Cómo te va, penitente, con la nueva compañía?
—A mí bien me va, señor, porque así lo merecía:
medio cuerpo para abajo ya comido me tenía,
medio cuerpo para arriba ya luego me empezaría.

(Cossío-MAZA, pp. 37-38)

Quizá algún día este motivo, que ha sobrevivido más de cuatro siglos, vuelva a un romance tradicional llevado por las corrientes siempre vivificantes de la recreación folklórica.

Como se ha visto, con estos pocos ejemplos, las relaciones entre romances tradicionales y vulgares son mucho más abundantes de lo que generalmente se cree, y ello merece sin duda un estudio más detenido. Aquí he querido evidenciar algunos puntos de contacto en el estilo y en la temática y, sobre todo, he querido destacar la existencia de cruces textuales en ambas direcciones y mostrar cómo el romancero vulgar puede ser materia prima para los recreadores del romancero tradicional.

MERCEDES DÍAZ ROIG

ABREVIATURAS UTILIZADAS

- BEUTLER GISELA BEUTLER, *Estudios sobre el romancero español en Colombia*, Bogotá, 1977.
- CATALÁN DIEGO CATALÁN, *La flor de la marañuela. Romancero general de las Islas Canarias*, Madrid, 1969; 2 vols.
- COSSÍO JOSÉ MA. DE COSSÍO, *Romances de tradición oral*, Buenos Aires, 1947.
- COSSÍO-MAZA JOSÉ MA. DE COSSÍO y TOMÁS MAZA S., *Romancero popular de la Montaña*, Santander, 1933-1934; 2 vols.
- GIL BONIFACIO GIL, *Cancionero popular de Extremadura*, t. II, Badajoz, 1956.
- SCHINDLER KURT SCHINDLER, *Folk music and poetry of Spain and Portugal*, New York, 1941.